
LAWRENCE BLOCK

LOS PECADOS DE NUESTROS ANCESTROS



E T I Q U E T A



N E G R A

Una joven prostituta de Greenwich Village muere en su dormitorio. Un joven homosexual es capturado en la escena, la sangre gotea de sus manos. Treinta y seis horas después, encontró a la muerte colgando en su celda. Para la policía de Nueva York, el caso está cerrado. Para Matthew Scudder solo está comenzando...

Matt Scudder. Él es tan duro como ellos, con una inclinación por el alcohol y una debilidad por los niños inocentes. No es policía. Ni siquiera es detective privado. Él es solo un hombre que no se detendrá hasta que encuentre la verdad, sin importar el precio.

NOTA

Lawrence Block nació en Buffalo, Nueva York, en 1939; contemporáneo en sus escrituras, aunque más joven, que Donald Westlake, al igual que este ha desarrollado su literatura en torno a diferentes series que se montan sobre su personaje central. A partir de 1961 ha escrito más de 30 libros, varios de ellos con un éxito muy importante, tanto en su forma literaria como en sus versiones cinematográficas.

Conocido en España por sus novelas protagonizadas por Bernie Rodenbarr («El ladrón que leía a Spinoza» y «El ladrón que citaba a Kipling»), en la línea del «ladrón generoso», ha desarrollado un paralelo de historias de espionaje con el personaje Evan Tanner donde lo dominante es el humor.

Pero su obra más importante, de la que James Cain diría que es «más que superior» y Joe Gores calificaría como «llena de movimiento», es la serie que protagoniza el expolicía alcohólico Matt Scudder y que ha visto ya la luz en esta colección con Ocho millones de maneras de morir (EN n.º 17) a la que seguirá esta, Los pecados de nuestros ancestros y que próximamente completaremos con Tiempo para crear y tiempo para matar (EN n.º 114), Cuchillada en la oscuridad (EN n.º 128), Cuando cerró el molino sagrado (EN n.º 137) y En el centro de la muerte (EN, aún sin número).

Su novela Ocho millones de maneras de morir fue candidato al Edgar a la mejor novela policíaca en 1983. Block también ganó el Edgar de 1985 al mejor cuento por By the dawns early light.

PITT II

*Para Zane
que fue testigo de la creación.
Y en memoria de LENNIE SCHECTER
que me presentó a Scudder.*

CAPÍTULO UNO

Era un hombre grande, aproximadamente de mi estatura, pero algo más corpulento. Sus cejas, arqueadas y prominentes, eran negras todavía. El pelo, de color gris metálico, lo llevaba peinado hacia atrás, dándole a su enorme cabeza un aspecto leonino. Había dejado las gafas sobre la mesa de roble que nos separaba. No cesaba de escrutar mi casa con sus oscuros ojos castaños, en busca de mensajes ocultos. Si encontró alguno, no lo reflejó con la mirada. Tenía un rostro de facciones marcadas —la nariz aguileña, los labios gruesos, las mandíbulas salientes—, pero tan inexpresivo, en conjunto, como una tabla de piedra que aguardara a que alguien grabara mandamientos en ella.

—No sé gran cosa sobre usted, Scudder —dijo.

Yo sabía algo sobre él. Se llamaba Cale Hanniford. Tenía unos cincuenta y cinco años. Vivía al norte del estado, en Utica, donde tenía un negocio de venta de medicamentos y algunas propiedades. Tenía el último modelo de Cadillac aparcado junto a la acera. Tenía una esposa que le esperaba en su habitación del Carlyle.

Tenía una hija en un frío cajón de metal en el depósito de cadáveres de la ciudad.

—No hay mucho que saber —dije—. Fui policía.

—Un policía excelente, según el teniente Koehler.

Me encogí de hombros.

—Y ahora es detective privado.

—No.

—Pensé que...

—Los detectives privados tienen licencia. Intervienen teléfonos y siguen a la gente. Rellenan impresos, redactan in-

formes, todo eso. Yo no hago esas cosas. A veces hago favores a algunas personas y me gratifican por ello.

—Entiendo.

Tomé un sorbo de café. Estaba bebiendo café aderezado con *bourbon*. Hanniford tenía un Dewar's con agua delante de él, pero casi no lo había probado. Nos encontrábamos en Armstrong's, un sólido local con oscuras paredes de madera y techo de metal estampado. Eran las dos de la tarde del segundo martes de enero, y estábamos prácticamente solos en el bar. Una pareja de enfermeras del Hospital Roosevelt mecía sus cervezas al fondo de la barra, y un chaval con un ensayo de barba masticaba una hamburguesa en una de las mesas de la ventana.

—Me resulta difícil explicarle lo que quiero que haga por mí, Scudder —dijo.

—No estoy seguro de que haya nada que pueda hacer por usted. Su hija está muerta. Eso no lo puedo cambiar. El chico que la mató fue detenido en el acto. Por lo que leí en los periódicos, el caso no podría haber estado más claro ni aunque hubieran tenido una película del homicidio.

Se le oscureció el semblante; estaba viendo en ese momento las imágenes de aquella película, el cuchillo que iba cortando.

—Lo detuvieron, lo acusaron y lo encerraron. ¿Eso fue el jueves? —Asintió—. Y el sábado por la mañana lo encontraron colgado en su celda. Caso cerrado.

—¿Es esa su opinión? ¿Que el caso está cerrado?

—Desde el punto de vista de la ley.

—Eso no es lo que he querido decir. Naturalmente que la policía tiene que entenderlo así. Detuvieron al asesino, y ya no es posible castigarle. —Se inclinó hacia delante—. Pero hay cosas que tengo que saber.

—¿Como qué?

—Quiero saber por qué la mataron. Quiero saber quién era ella en realidad. No había tenido ningún contacto verdadero con Wendy en los últimos tres años. Dios, si ni si-

quiera sabía que estaba viviendo en Nueva York. —Sus ojos se apartaron de los míos—. Dicen que no trabajaba. Ninguna fuente de ingresos conocida. Vi el edificio en el que vivía. Quise subir a su apartamento, pero no fui capaz. El alquiler era de casi cuatrocientos dólares al mes. ¿Qué le sugiere eso?

—Que se lo estaba pagando un hombre.

—Compartía el apartamento con Vanderpoel. El chico que la mató. Él trabajaba para una compañía de importación de antigüedades. Ganaba algo así como ciento veinticinco dólares a la semana. Si un hombre la estuviera manteniendo, no permitiría que compartiera el piso con Vanderpoel, ¿no le parece? —Tomó aire—. Supongo que resulta obvio que era prostituta. La policía no me lo dijo así de claro. Fueron discretos. Los periódicos no lo fueron tanto.

No suelen serlo. Y el caso era de los que les encantan. La chica era atractiva, el asesinato tuvo lugar en el Village, y había una buena dosis de sexo por en medio. Además, detuvieron a Richard Vanderpoel en plena calle, empapado en la sangre de la víctima. A ningún redactor jefe de la ciudad con dos dedos de frente se le escaparía una noticia como esa.

—¿Entiende ahora por qué para mí el caso no está cerrado, Scudder?

—Supongo que sí. —Me obligué a mirar fijamente sus ojos oscuros—. El asesinato fue como una puerta que empezaba a abrirse para usted. Ahora necesita saber lo que hay en el interior de la habitación.

—Entonces me entiende.

Le entendía, aunque hubiera deseado que no fuera así. No quería encargarme del caso. Trabajo tan poco como puedo. No me hacía falta trabajar en ese momento. No necesito mucho dinero. El alquiler de mi habitación es barato; mis gastos diarios no son demasiado elevados. Además, no tenía ningún motivo para sentir aversión por aquel hombre.

Siempre he preferido sentir aversión por la gente que me paga.

—El teniente Koehler no entendió muy bien lo que yo quería. Estoy seguro de que me remitió a usted solo para deshacerse educadamente de mí. —No era ese el único motivo, pero no dije nada—. La verdad es que necesito saber ciertas cosas. ¿En qué se había convertido Wendy? ¿Quién era? ¿Y por qué querría nadie matarla?

¿Por qué mata la gente? En Nueva York, se cometen cuatro o cinco asesinatos todos los días. El verano pasado, durante una semana de calor, se llegaron a contabilizar cincuenta y tres. La gente mata a sus amigos, a sus familiares, a sus amantes. Un individuo de Long Island mató a golpes a su hija de dos años para hacer una demostración de karate a sus hijos mayores. ¿Por qué se hacen cosas así?

Caín dijo que no era el guardián de Abel. ¿Son esas las únicas alternativas, guardián o asesino?

—¿Trabajaré para mí, Scudder? —Consiguió esbozar una pequeña sonrisa—. Se lo diré de otra forma. ¿Me hace un favor? Sería realmente un favor.

—Me pregunto si será verdad.

—¿Qué quiere decir?

—La puerta abierta de la que le hablé. Puede que haya cosas en esa habitación que no va a querer ver.

—Eso ya lo sé.

—Y por eso tiene que hacerlo.

—Así es.

Me acabé el café. Dejé la taza en la mesa y aspiré profundamente.

—Vale —dije—. Voy a ver qué puedo hacer.

Se reclinó en la silla, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Era el primero que se fumaba desde que entró. Algunas personas sacan un cigarrillo cuando están en tensión, otras cuando el momento de tensión ha pasado. Estaba más relajado ahora; por su aspecto, parecía tener la sensación de que había conseguido algo.

Tenía otra taza de café delante de mí y un par de páginas llenas de notas en mi libreta. Hanniford seguía con la misma copa. Me había contado muchas cosas que no necesitaba saber sobre su hija. Pero alguna podría resultar importante más adelante, y no había manera de adivinar cuál de ellas. Hacía tiempo que había aprendido a escuchar todo lo que una persona me contaba.

De modo que me enteré de que Wendy había sido hija única, de que sacaba buenas notas en el instituto, de que se llevaba bien con sus compañeros de clase y no se citaba mucho con chicos. Me estaba empezando a formar una imagen de la chica; una imagen mal definida, pero que tendría que ir encajando con la de una puta cosida a navajazos en un apartamento del Village.

La imagen comenzó a hacérseme borrosa a partir del momento en que se marchó a la universidad, en Indiana. Evidentemente, fue entonces cuando empezaron a perderla. Se matriculó en literatura inglesa y en política. Cuando le faltaban dos meses para licenciarse, hizo las maletas y desapareció.

—La universidad se puso en contacto con nosotros. Yo estaba muy preocupado; ella nunca había hecho nada así antes. No sabía qué hacer. Entonces nos llegó la postal. Decía que estaba en Nueva York, que tenía un trabajo y que necesitaba tiempo para poner en orden sus ideas. Unos meses más tarde, nos llegó otra postal desde Miami. No sé si se había mudado allí o estaba de vacaciones.

Luego nada, hasta que sonó el teléfono y se enteraron de que estaba muerta. Tenía diecisiete años cuando acabó en el instituto, veintiuno cuando abandonó la universidad, veinticuatro cuando Richard Vanderpoel la cortó a pedazos. No volvería a cumplir más.

Empezó a contarme cosas de las que más tarde Koehler me informaría con mayor detalle. Nombres, direcciones, fe-

chas, horas. Le dejé hablar. Había algo que me preocupaba, pero dejé que se fuera resolviendo solo en mi cabeza.

—El chico que la mató, Richard Vanderpoel, era más joven que ella. Solo tenía veinte años —dijo, frunciendo el ceño al recordarlo—. Cuando me enteré de lo que había pasado, de lo que había hecho, quise matar a ese chico. Quise darle muerte con mis propias manos. —Cerró los puños con fuerza mientras lo decía. Luego los abrió lentamente—. Pero cuando se suicidó, no sé, algo cambió dentro de mí. Me dio la impresión de que él también había sido una víctima. Su padre es pastor protestante.

—Sí, lo sé.

—En una parroquia de Brooklyn, no sé dónde. Sentí un impulso. Quise ir a hablar con él. No sé qué es lo que pensaba decirle. Fuera lo que fuera, después de pensarlo un momento me di cuenta de que nunca sería capaz de mantener una conversación con él. Y sin embargo...

—Quiere saber quién era el chico, para poder saber quién era su hija.

Asintió con la cabeza.

—¿Sabe lo que es un retrato robot, Sr. Hanniford? —dijo—. Probablemente los habrá visto alguna vez en la página de sucesos del periódico. Cuando la policía tiene un testigo ocular de un crimen, utiliza una serie de láminas transparentes que se van superponiendo para formar el retrato de un posible sospechoso. «¿Tiene así la nariz? ¿O de esta otra manera? ¿Más grande? ¿Más ancha? ¿Y las orejas? ¿Qué orejas se parecen más?». Y así sucesivamente, hasta conseguir un rostro.

—Sí, sé cómo se hace.

—Entonces seguramente habrá visto fotografías auténticas del sospechoso, colocadas junto a los retratos robot. Siempre da la impresión de que no se parecen demasiado, sobre todo para quien no es un experto. Pero, de hecho, ese parecido existe, y a un agente especializado le puede servir de mucho. ¿Entiende lo que estoy queriendo decirle?

Lo que usted quiere son fotografías de su hija y del chico que la mató. No estoy preparado para proporcionarle algo así. Nadie lo está. Puedo recoger datos e impresiones que me permitan configurar un retrato robot, pero es posible que el resultado no se aproxime demasiado a lo que realmente quiere usted ver.

—Entiendo.

—¿Quiere que lo haga?

—Sí, estoy decidido.

—Seguramente le voy a resultar más caro que cualquiera de las agencias grandes. Ellas le cobrarían por día o por hora. Más gastos. Yo pido una cantidad determinada de dinero, con la que, además, voy cubriendo mis gastos. No me gusta llevar un expediente. Tampoco me gusta redactar informes, ni mantener un contacto periódico con el cliente solo para tenerlo contento, cuando no hay nada que decirle.

—¿Cuánto dinero quiere?

Nunca sé fijar una tarifa. ¿Cómo vas a valorar tu tiempo, si el único valor que tiene es puramente personal? Y cuando has reestructurado deliberadamente tu vida para evitar involucrarte en las vidas de los demás, ¿cuánto le cobras al que te obliga a involucrarte de nuevo?

—Le voy a pedir dos mil dólares, de momento. No sé cuánto tiempo me llevará este asunto, ni cuándo va a decidir usted que ya ha visto todo lo que quiere ver del interior del cuarto oscuro. Puede que le pida más dinero sobre la marcha, o cuando haya terminado. Claro, que siempre le quedará la opción de no pagarme.

Sonrió de repente.

—Es usted un hombre de negocios muy poco ortodoxo.

—Supongo que sí.

—Nunca he tenido necesidad de contratar a un detective, así que realmente no sé lo que se suele hacer en estos casos. ¿Le vale un cheque?

Le dije que un cheque me valdría perfectamente. Mientras él lo rellenaba, me di cuenta de lo que me había estado preocupando antes.

—¿No contrató ningún detective cuando Wendy desapareció de la universidad? —dije.

—No. —Alzó la mirada—. No pasó mucho tiempo hasta que recibimos la primera de las dos postales. Claro que se me ocurrió contratar a un detective, pero en cuanto supimos que ella estaba bien abandoné la idea.

—Pero seguía sin saber dónde se encontraba ella, y cómo estaba viviendo.

—Sí. —Bajó los ojos—. De eso se trata en parte, claro. Que yo esté ahora tan ocupado intentando aclarar lo que ya no tiene remedio. —Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos; había en ellos algo que yo quería evitar, y no podía—. Tengo que saber hasta qué punto soy culpable.

¿De verdad pensaba que encontraría alguna vez la respuesta a esa pregunta? Sí, puede que encontrara algún tipo de respuesta que le sirviera, pero no sería la correcta. Nunca hay una respuesta correcta a esa ineludible pregunta.

Terminó de rellenar el cheque y me lo entregó. No había puesto nada en el espacio en el que correspondía al nombre. Me comentó que quizá lo preferiría «Al portador». Le dije que a mi nombre estaba bien; sacó otra vez el bolígrafo y escribió «Matthew Scudder» en el espacio indicado. Lo doblé y me lo guardé en la cartera.

—Sr. Hanniford —dije—, hay algo que no me ha contado. Cree que no tiene importancia, pero puede que la tenga, y usted lo sabe.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Intuición, supongo. Me he pasado muchos años viendo cómo la gente decide hasta qué punto quiere acercarse a la verdad. No está obligado a decirme nada, pero...

—Oh, es irrelevante, Scudder. No se lo dije porque pensé que no era necesario, pero... bueno, qué importa.

Wendy no era hija mía.

—¿Era adoptada?

—Yo la adopté. Mi mujer era la madre de Wendy. Su padre murió antes de que la niña naciera. Era infante de marina; murió en el desembarco de Inchon. —Desvió otra vez la mirada—. Me casé con la madre de Wendy tres años después. Quise a la niña desde el primer momento, tanto como si hubiera sido mi verdadera hija. Cuando descubrí que... era incapaz de tener hijos, agradecí todavía más su presencia. Bueno, ¿es importante?

—No lo sé —dije—. Probablemente no.

Pero claro que tenía importancia para mí. Me ayudaba a comprender mejor la culpa que sentía Hanniford.

—Usted no está casado, ¿verdad, Scudder?

—Divorciado.

—¿Tiene hijos?

Asentí con la cabeza. Comenzó a decir algo y se detuvo. Empecé a desear que se marchara.

—Tuvo que ser usted un policía muy bueno —dijo.

—No era malo. Tenía el instinto de un poli, y aprendí las jugadas. En eso consiste prácticamente el noventa por ciento de lo que hay que saber.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el cuerpo?

—Quince años. Casi dieciséis.

—¿No se cobra una pensión o algo así, después de los veinte?

—Así es.

No hizo la pregunta; curiosamente, eso me molestó más que si la hubiera hecho.

—Perdí la fe —dije.

—¿Como los curas?

—Algo así, aunque no exactamente. No es raro que un policía pierda la fe y continúe siendo policía. Puede que no la haya tenido desde el principio. Lo que ocurrió en mi caso fue que descubrí que no quería seguir siendo policía.

Ni esposo, ni padre. Ni un miembro útil de la sociedad.

—¿Demasiada corrupción en el departamento? ¿Ese tipo de cosas?

—No, no. —La corrupción nunca me había preocupado. Me hubiera resultado difícil mantener una familia sin ella—. No, fue otra cosa.

—Entiendo.

—¿Sí? Demonios, no es ningún secreto. Estaba libre de servicio una noche, en verano. Me encontraba en un bar de Washington Heights donde los polis no tenían que pagar las copas. Dos chavales atracaron el local. Al salir le pegaron un tiro en el corazón al barman. Yo salí a la calle en su persecución. Disparé y maté a uno de ellos; al otro lo alcancé en una pierna. Nunca volverá a caminar bien.

—Entiendo.

—No, creo que no me entiende. Esa no fue la primera vez que había matado a alguien. Me alegré de que uno de ellos resultara muerto, y sentí que él otro se recuperara.

—Entonces...

—Uno de mis disparos se desvió, y la bala rebotó. Le di a una niña de siete años en un ojo. El rebote le quitó casi todo el ímpetu a la bala. Dos centímetros más arriba, y probablemente solo le hubiera rozado la frente. Le hubiera dejado una cicatriz bastante fea, pero nada más. Sin embargo, al entrar por el ojo, no encontró más que el tejido blando en su camino, y se alojó directamente en el cerebro. Me dijeron que murió en el acto. —Me miré las manos. El temblor era visible. Levanté la taza y la vacié—. En ningún momento se habló de culpabilidad. Incluso recibí una recomendación especial del departamento. Luego abandoné el cuerpo. No quería seguir siendo policía, sencillamente.

Me quedé allí sentado durante unos minutos después de que se marchara. Luego le hice una seña a Trina y me trajo otra taza de café aderezado.

—Tu amigo no es lo que se dice un gran bebedor —dijo.

Le di la razón. Debió de notar algo en mi tono de voz, porque se sentó en la silla que había ocupado Hanniford y puso su mano sobre la mía un momento.

—¿Problemas, Matt?

—En realidad, no. Cosas que preferiría no tener que hacer.

—Preferirías quedarte ahí sentado y emborracharte.

Le sonreí.

—¿Cuándo me has visto borracho?

—Nunca. Y tampoco te he visto casi nunca sin beber.

—Es un agradable estado intermedio.

—No te puede hacer mucho bien, ¿no crees?

Deseaba que me tocara la mano otra vez. Tenía unos dedos largos y esbeltos, refrescantes al tacto.

—Nada le hace mucho bien a nadie —dije.

—Café y priva. Es una extraña combinación.

—¿Tú crees?

—La priva para emborracharte, y el café para mantenerte sobrio.

Sacudí la cabeza.

—El café nunca ha mantenido sobrio a nadie. Lo único que hace es evitar que te duermas. Dale a un borracho café y seguirás teniendo un borracho, solo que despierto.

—¿Es eso lo que eres tú, cariño? ¿Un borracho despierto?

—Ninguna de las dos cosas —dije—. Por eso sigo bebiendo.

Llegué al banco poco después de las cuatro. Metí quinientos en mi cuenta y me llevé el resto del dinero de Hanniford en efectivo. Como era mi primera visita desde principios de año, me anotaron los intereses en la cartilla. Una máquina lo puso todo en orden en un abrir y cerrar de ojos. La canti-